

Marta Cichocka

Narraciones del nazismo: El viajero de Agartha de Abel Posse y Les bienveillantes de Jonathan Littell entre la historia y el mito

Itinerarios. Revista de estudios lingüísticos, literarios, históricos y antropológicos nr 20, 139-154

2014

Artykuł został opracowany do udostępnienia w internecie przez Muzeum Historii Polski w ramach prac podejmowanych na rzecz zapewnienia otwartego, powszechnego i trwałego dostępu do polskiego dorobku naukowego i kulturalnego. Artykuł jest umieszczony w kolekcji cyfrowej bazhum.muzhp.pl, gromadzącej zawartość polskich czasopism humanistycznych i społecznych.

Tekst jest udostępniony do wykorzystania w ramach dozwolonego użytku.

Marta Cichocka

NARRACIONES DEL NAZISMO: *EL VIAJERO DE AGARTHA* DE ABEL POSSE Y *LES BIENVEILLANTES* DE JONATHAN LITTELL ENTRE LA HISTORIA Y EL MITO

Resumen: Este estudio comparativo de *El viajero de Agartha* de Abel Posse (1989) y *Les Bienveillantes* (o “Las Benévolas”) de Jonathan Littell (Premio Goncourt 2006) es un pretexto para abrir la reflexión desde el punto de vista del lector en torno a las estrategias de la novela histórica contemporánea frente al peso del pasado y a sus fantasmas sepultados. La antigua oposición entre la historia (narración verídica) y el mito (relato ambiguo), está profundamente arraigada en el lenguaje y la percepción. Sin embargo, resulta ilusoria a la luz de los recientes estudios sobre el funcionamiento de la memoria humana y social, y sobre los mecanismos de “construcción” de los recuerdos – cada vez más evidentes en la actual generación de la postmemoria que accede al palimpsesto del pasado en su dimensión afectiva.

Palabras clave: novela histórica, estrategias de lectura, historia, mito, post-memoria

Title: Narratives on Nazism: *El viajero de Agartha* by Abel Posse and *Les Bienveillantes* by Jonathan Littell between History and Myth

Abstract: This comparative study of *El viajero de Agartha* by Abel Posse (1989) and *Les Bienveillantes* (published as *The Kindly Ones*) by Jonathan Littell (Prix Goncourt 2006) is an excuse to open –from the reader’s point of view– a consideration of different strategies in the contemporary historical novel in the face of the burden of the past and its buried ghosts. The ancient opposition between history (true narration) and myth (ambiguous story), deeply rooted in the language and perception, turns out to be rather illusory in the light of recent studies on the functioning of human and social memory, and on the mechanisms of “construction” of memories – more and more obvious in the case of the current generation of Postmemory which accedes the palimpsest of the past in its affective dimension.

Key words: historical novel, reading strategies, history, myth, postmemory

No vemos las cosas tal como son,
sino tal como somos.
Talmud

Somos lo que pensamos.
Buda, *Dhammapada*

Con ocasión del bicentenario de su existencia en la literatura occidental (1814-2014), la llamada novela histórica se presta a todo tipo de balances y análisis, categorizaciones teóricas, postulados genéricos e incluso estudios puramente estadísticos que comprueban su fuerte posición en el mercado. Su posición, en el cruce de influencias entre la historiografía moderna por una parte y las corrientes literarias por otra parte, la transforma en una herramienta de usos múltiples y, al mismo tiempo, en un tema de estudios poli-facético. Después de investigar el fenómeno de la nueva novela histórica latinoamericana y estudiar un nuevo molde genérico que supuestamente sobrepasa los límites de una literatura nacional¹, me interesaría intentar un estudio comparativo, contrastando dos novelas históricas semejantes tanto en el tema elegido (el nazismo y la Segunda Guerra Mundial), como en la modalidad narrativa (el narrador intra- y homodiegético). Sin embargo, todo parece separar a *El viajero de Agartha* de Abel Posse (1989) y *Les Bienveillantes* de Jonathan Littell (Premio Goncourt 2006): el año de publicación, la diferencia de idioma o la pertenencia a distintos universos literarios. Además, el juego de antinomias concierne también a la antigua oposición entre la historia (narración verídica) y el mito (relato ambiguo)², el *logos* y el *mythos*, profundamente arraigada en el lenguaje y la percepción, aunque no debemos olvidar que, históricamente, ambos conceptos se refieren a una realidad variable:

La palabra *mythos* es una palabra griega. En el antiguo uso lingüístico homérico no quiere decir otra cosa que «discurso», «proclamación», «notificación», «dar a conocer una noticia». En el uso lingüístico nada indica que ese discurso llamado *mythos* fuese acaso particularmente poco fiable o que fuese mentira o pura invención. [...] Sólo siglos después, en el curso de la Ilustración griega, el vocabulario épico de *mythos*

¹ Para más consideraciones teóricas véase Cichocka, *Entre la nouvelle histoire et le nouveau roman historique. Réinventions, relectures, écritures* (2007); y «Algunas estrategias de la novela histórica contemporánea – desde un rompecabezas temporal hacia una dimensión intrahistórica» (2012: 43-59).

² Basta con abrir un diccionario para trazar la frontera invisible entre la supuesta “verdad” de la historia (del lat. *historia*, del gr. *ιστορία*), entendida como “1. f. Narración y exposición de los acontecimientos pasados y dignos de memoria, sean públicos o privados. 2. f. Disciplina que estudia y narra estos sucesos. 3. f. Obra histórica compuesta por un escritor. 4. f. Conjunto de los sucesos o hechos políticos, sociales, económicos, culturales, etc., de un pueblo o de una nación.” etc. y la “mentira” del mito (del gr. *μῦθος*): “1. m. Narración maravillosa situada fuera del tiempo histórico y protagonizada por personajes de carácter divino o heroico. Con frecuencia interpreta el origen del mundo o grandes acontecimientos de la humanidad. 2. m. Historia ficticia o personaje literario o artístico que condensa alguna realidad humana de significación universal. 3. m. Persona o cosa rodeada de extraordinaria estima. 4. m. Persona o cosa a las que se atribuyen cualidades o excelencias que no tienen, o bien una realidad de la que carecen” (Cf. Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, 2001).

y *mythein* cae en desuso y es suplantado por el campo semántico de *logos* y *legein*. Pero justamente con ello se establece el perfil que acuña el concepto de mito y resalta el *mythos* como un tipo particular de discurso frente al *logos*, frente al discurso explicativo y demostrativo. La palabra designa en tales circunstancias todo aquello que sólo puede ser narrado, las historias de los dioses y de los hijos de los dioses. (Gadamer 1981: 25)

Sin embargo, aunque los antiguos dioses hayan muerto y, desde hace dos mil años, tampoco nazcan hijos de dioses, los mitos nunca mueren. Al contrario, nacen otros nuevos, alimentando las mitologías contemporáneas de los pueblos modernos, en esa zona franca entre la historia y la mito, nunca bien definida. Y podríamos formular el problema, como hace Claude Lévi-Strauss (1978: 69) “¿dónde termina la mitología y dónde comienza la historia?”, o, al revés, modificar la pregunta: ¿dónde termina la historia y dónde comienza el mito, y por qué? A primera vista, mientras la narración de Jonathan Littell se apoya en la documentación historiográfica sobre el nazismo y la II Guerra Mundial, la ficción de Abel Posse se inspira bastante libremente en la dimensión mítica asociada al mismo período. Lo que nos lleva a interrogarnos sobre su identidad genérica: ¿ambas son novelas históricas o no?

Antes de continuar, me parece imprescindible subrayar que mi punto de partida es el de un lector: por cierto, un lector especializado, atento y crítico, detentor de un aparato metodológico y conceptual supuestamente eficiente, pero sin llegar en ningún momento al ideal de ese lector modelo imaginado por la instancia autorial, como evidenciaba Umberto Eco en sus “Apostillas” a *El nombre de la rosa*:

Se escribe pensando en un lector. [...] Mientras la obra se está haciendo, el diálogo es doble. Está el diálogo entre ese texto y todos los otros textos escritos antes (sólo se hacen libros sobre otros libros y en torno a otros libros), y está el diálogo entre el autor y su lector modelo. (Eco 1985: 21)

Y sin embargo, terminada la obra, se establece otro diálogo –entre el texto y sus lectores– del que el autor está excluido. Además, no es ninguna novedad que el propio texto tenga el poder de generar interrogantes y ambigüedades ajenas a la voluntad de su autor. Aquí entran en juego las teorías de la recepción, un verdadero torbellino de propuestas teórico-metodológicas, entre las cuales me parece interesante retener varias tipologías del lector, estudiadas por los especialistas franceses de la narratividad.

LECTOR, LEEDOR, LEYENTE ?...

Para Michel Picard, autor de *La lectura como juego*, el aspecto lúdico de la lectura es el rasgo dominante. Según el nivel de la lectura, Picard divide el concepto de lector (*le lecteur*) en tres tipos: el “leedor” (*le liseur*) es la parte del sujeto que tiene el libro entre las manos, manteniendo así el contacto con el mundo exterior; el “leído” (*le lu*) es el inconsciente

del lector que reacciona a las estructuras fantasmagóricas del texto; el “leyente” (mi traducción para *le lectant*) es la instancia crítica que se interesa en la complejidad de la obra (Picard 1986: cap. III). Más tarde Vincent Jouve, investigando el efecto del personaje en la novela, conserva el concepto del leyente (*le lectant*) y divide la instancia lectora en una parte pasiva (*lu*) y otra activa (*lisant*), que es “la parte del lector atrapada por la ilusión referencial y que durante el tiempo de la lectura considera el mundo del texto como un mundo existente” (Jouve 1992: 81). Gerard Lavergne del Centro de la Narratología Aplicada de Niza retoma esta tríada –“leyente”, “leedor”, “leído”– hablando de tres tipos de lectores: el “leyente” activo (*le lectant*) sabe que se trata de una ficción por descuartizar; el “leedor” (*le lisant*) cede a la ilusión de la ficción novelesca, aunque solamente durante el tiempo de la lectura; el “leído” pasivo (*le lu*) cree inconscientemente en la realidad de esa ficción. Considerando posible encontrar esas tres variantes en el mismo lector real, Lavergne introduce la última categoría, el posmoderno lector “seducido”, consciente a cada instante del grado de la ficción adonde lo lleva el texto, sin dejar de preguntarse por lo tanto: “Y ahora, ¿qué?...” (Lavergne 1998: 174).

Los tres autores citados hablan de la ficción novelesca en general, sin tomar en cuenta la “inicial impureza” de la novela histórica, “cuyo registro genérico presupone un encuentro oximorónico entre ficción e historia”, como lo resume Magdalena Perkowska (2008: 342). Si el lector de una novela cede a la ilusión de la ficción, ¿cómo puede resistirse el lector de una novela histórica, consciente de que su referente histórico se sitúa, por definición, en el campo estrictamente extraliterario? Precisamente, si la novela histórica se identifica como género por su referente extraliterario, es porque “extrae buena parte de sus contenidos de la historiografía, esto es, se nutre de personajes y acontecimientos codificados previamente a la escritura de la novela en narraciones históricas, y que a menudo están registrados (con mayor o menor amplitud y precisión) en la *enciclopedia* histórica de los miembros de una comunidad social, cultural y política” (Fernández Prieto 2006: 166). Mientras la definición de lo que es una novela histórica sigue siendo ambigua, simultáneamente van creciendo subcategorías, empezando por *metaficciones históricas* de Linda Hutcheon (1988), pasando por *nueva novela histórica* según Seymour Menton (1993), desembocando en novelas *histórico-policíacas* estudiadas por Jean-Christophe Sarrot y Laurent Broche (2009), entre otras.

No obstante, toda novela histórica precisa de un lector consciente del paso del tiempo para poder existir. Y, evidentemente, el lector posmoderno de las novelas históricas contemporáneas se vuelve cada vez más un “leyente” investigador y no un manso “leedor”. Consciente de los terremotos que sacuden el territorio antes sagrado de la historia y la historiografía –para resumir de algún modo el desmantelamiento del discurso histórico por parte de Barthes (1967) y el “giro lingüístico” de los años setenta³, las corrientes posestructuralistas y deconstructivistas de Foucault (1969) y Derrida (1972), el narrativismo de White (1973), la crítica de los macro-relatos occidentales de Lyotard (1979), o finalmente en el plano ideológico-político la “muerte de la historia” preconizada por Fukuyama (1992)– el lector de Posse y de Littell puede legítimamente desconfiar tanto del referen-

³ Véase a ese propósito un interesante resumen de X. Laborda: “Veinte principios de la historiografía lingüística” (2002).

te histórico como de la llamada “verdad histórica”. Su posición es, por lo tanto, delicada y envidiable a la vez: delicada, por tener que reexaminar y manejar a la vez los elementos ficcionales e históricos elaborados por los autores, y envidiable, por poder crear de esta manera su versión “autorizada” del relato. Además, la idea no es nueva en absoluto:

Le véritable auteur du récit n'est pas seulement celui qui le raconte, mais aussi, et parfois bien d'avantage, celui qui l'écoute. Et qui n'est pas nécessairement celui à qui l'on s'adresse : il y a toujours du monde à côté. (Genette 1972: 267)

Así, literalmente, empezó para mí la inesperada aventura de relatos aparentemente fortuitos y de lecturas entrecruzadas, el periplo de leyente que me parece lejos de haber terminado. Me permito abrir aquí un paréntesis: en septiembre de 2006 estaba en París cuando, en una reunión bastante informal, oí *à côté*, exactamente a mi lado, un sorprendente relato sobre el inesperado éxito literario del momento: una novela histórica de unas 900 páginas, escrita y publicada en francés por un desconocido escritor estadounidense de 39 años, de origen judío-polaco, sobre las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial relatadas por un verdugo nazi –y que en seis semanas había vendido unos 250 mil ejemplares–. Se trataba de *Les Bienveillantes* de un tal Jonathan Littell. Decidida a *no* comprar el libro para no participar en lo que imaginaba ser una vasta maniobra comercial, lo recibí al día siguiente –una amiga de ascendencia judía, que conocía mi gran interés por la novela histórica, tuvo la idea de regalármelo, segura de que ella no lo leería nunca. Yo, sí. Me bastaron las primeras páginas para darme cuenta de que tenía en mis manos algo realmente excepcional –y unas semanas más tarde logré convencer a una de las mejores editoriales en Polonia para que invirtiera unos 50 mil euros en adquirir los derechos de traducción⁴. Entre tanto, convertido en una celebridad mundial, Jonathan Littell ha ganado tanto el Premio Goncourt como el Gran Prix de la Académie Française, y ha vendido más de un millón de ejemplares de su libro, traducido al castellano como *Las benévolas*⁵. Y cierro el paréntesis, para examinar más de cerca el fenómeno de esta novela histórica que da palabra no a un vencedor, no a un vencido, no a una víctima marginada por la Historia, sino a un verdugo.

LAS BENÉVOLAS O EL INSOSTENIBLE PESO DEL PASADO

Desde la primera página, con las primeras frases de la novela, el lector de *Las benévolas* siente el peso de su responsabilidad como destinatario y depositario del relato que, paso a paso, se hará cada vez más agobiante:

Hermanos hombres, dejadme que os cuente cómo ocurrió. No somos hermanos tuyos, me replicaréis, y nos importa un bledo. Y es muy cierto que se trata de una

⁴ Wydawnictwo Literackie de Cracovia publicó *Łaskawe* de Jonathan Littell el 3 de noviembre 2008.

⁵ En la traducción de M. Teresa Gallego Urrutia, que se publicó en Barcelona en 2007, por RBA Libros, y el mismo año en Buenos Aires, por Del Nuevo Extremo Editorial.

tenebrosa historia, aunque también edificante, un auténtico cuento moral, os lo aseguro. Existe el riesgo de que resulte un tanto largo, porque, bien pensado, sucedieron muchas cosas, pero a lo mejor no tenéis mucha prisa; con un poco de suerte, no andáis mal de tiempo. Y además no es algo ajeno a vosotros; ya veréis como no es algo ajeno a vosotros. No creáis que estoy intentando convenceros de nada; bien pensado, allá vosotros con vuestras opiniones. Si he resuelto escribir, después de tantos años, es para poner las cosas en su sitio, y no para vosotros. (Littell 2006: 11)

La novela empieza así con un llamado en el que resuena el célebre “hipócrita lector, mi semejante, mi hermano”, de Baudelaire⁶. Con estas curiosas palabras, el narrador y protagonista –Maximilien Aue, ex-oficial de las SS que dirige ahora una fábrica de encajes en Francia, casado con una mujer que ignora su pasado, padre de mellizos– instaura en las memorias que va escribiendo una suerte de diálogo imaginario con sus futuros lectores (y que nada tienen de “lectores ideales”), como si se tratara realmente de todos los demás seres humanos, sin excepción de nacionalidad, conciencia histórica o convicción política.

Si uno de los aciertos de Littell es haber elegido la primera persona para contar la historia de un verdugo nazi, es para demostrar que cualquiera de nosotros –sus lectores, sus hermanos– podría haber llegado a cometer las mismas atrocidades que su protagonista: un hombre inteligente, doctor en Derecho y fino erudito, amante de la música y la literatura, también de la buena cocina. Acierto dudoso, incluso algo sospechoso para algunos investigadores (LaCapra 2013), y que sin embargo queda tristemente comprobado por los estudios y experimentos de Philippe Zimbardo (2007), empezando por la imaginaria “cárcel de Stanford” del 1971: cada uno de nosotros puede llegar a ser verdugo, si la configuración y presión social lo exigen. Es verdad que, a fuerza de acompañarlo durante 900 páginas, en el cerco de Stalingrado, en la Francia colaboracionista, en los campos de concentración, hasta en el Berlín bombardeado, Max Aue habría podido incluso llegar a ser simpático –si el autor no lo hubiera dotado de fuertes impulsos homosexuales, incestuosos y matricidas, sin contar las diarreas y vómitos que le persiguen a lo largo de su monstruosa epopeya–. Y es verdad también que la genealogía novelesca del protagonista y su vinculación intertextual con la *Orestíada* de Esquilo (las “Benévolas” –*Euménides*– era el eufemismo que usaban los griegos para referirse a las Erinias, tres terribles deidades de la venganza, encargadas de perseguir a los asesinos y de restablecer el orden de las cosas) parece de poco peso en comparación con la carga aplastante de la rigurosa documentación histórica que el autor confiesa haber reunido y estudiado durante cinco años, antes de consagrar unos meses a escribir la novela propiamente dicha⁷. Por otra parte, el libro está organizado al modo de una “suite française” de Bach, el compositor favorito tanto del autor mismo, como de su protagonista, con las partes llamadas res-

⁶ “C’est l’Ennui! L’œil chargé d’un pleur involontaire, / Il rêve d’échafauds en fumant son houka. / Tu le connais, lecteur, ce monstre délicat, / — Hypocrite lecteur, — mon semblable, — mon frère!” (Cf. Charles Baudelaire, *Au lecteur*). En una de las entrevistas Littell confiesa haber borrado la palabra “amigos” de la primera versión.

⁷ Cf. por ejemplo la entrevista de J. Littell por J. Ruiz Mantilla, en *El País* (27.10.2007).

pectivamente: “Tocata” (norte de Francia: prólogo), “Allemandas I y II” (Ucrania, Cáucaso, Crímea), “Courante” (cerco de Stalingrado), “Zarabanda” (isla de Usedom, Berlín, París, Antibes), “Minueto (en rondós)” (campos de concentración), “Aire” (Pomerania) y “Giga” (Berlín bombardeado), lo cual no deja de sorprender al lector.

Otra sorpresa que nos reserva Littell consiste en manejar esa documentación –que, sobre todo en Europa Central, nos parece de sobra conocida, fatalmente anclada en el inconsciente colectivo y, en su superficie, dotada de una multiplicidad de lugares comunes que excluye toda discusión– de una manera tan desconcertante que literalmente le quita el habla al lector. Es porque el conocimiento del pasado, en el caso de la Segunda Guerra Mundial como en cualquier otro, empieza por acceder a una o varias fuentes de ese conocimiento, lo que a su vez implica un punto de partida definido histórico y geográficamente (p. ej. nacemos en un lugar preciso y heredamos los relatos de nuestros antepasados), como también un objetivo predefinido ideológicamente (p. ej. queremos demostrar que pertenecemos a un pueblo elegido, el de héroes o de víctimas). De este modo tanto el conocimiento heredado, como el adquirido progresivamente, permanece fragmentario e incompleto, por haber descartado las informaciones juzgadas como innecesarias, pero que servirían tal vez a otra óptica y a otra causa.

En *Las benévolas*, no obstante, las causas y ópticas se contraponen. Por ejemplo, en un apocalíptico ejercicio de matemáticas a principios de la novela, el narrador intenta contabilizar el número de *todos* los muertos durante la guerra del Tercer Reich contra la Unión Soviética y *todas* las víctimas del *Endlösung*, sumando a los 20 millones de soviéticos, 3 millones de alemanes y 5 millones 100 mil judíos, para dividirlo después entre los “tres años, diez meses, dieciséis días, veinte horas y un minuto” que duró el conflicto. De esta curiosa manera llega a demostrar que trece seres humanos mueren a cada minuto de esa guerra: minuto tras minuto. Y a los lectores que se burlen de su pedantería aconseja que se imaginen a trece familiares muertos en cada sesenta segundos (si logran imaginárselo).

Mario Vargas Llosa, uno de los primeros en reseñar para *El País* la obra que llamó, por equivocación, *Los benévolos* en vez de *Las benévolas*, terminó la lectura “asfixiado, desmoralizado y a la vez estupefacto por ese viaje a través del horror y la oceánica investigación que lo ha hecho posible” (Vargas Llosa 2006, en línea). Y subraya que, aunque el lector cree saberlo todo sobre el nazismo y el Holocausto, la información reunida por Littell le revela el abismo de su ignorancia: el abismo del horror sobrepasa los límites del entendimiento. Añade, además:

Como todo puede ser llamado novela, este libro, cuyo título traducido al español –*Los benévolos*– pierde algo de la punzante ironía que tiene en francés, también ha sido llamado así, pero lo cierto es que lo propiamente novelesco de estas páginas –lo imaginado, lo ficticio, lo añadido por el autor al mundo real– es lo menos interesante, un mero pretexto para enfrentar a los lectores a una experiencia histórica de espanto, con una riqueza de detalles, precisiones, ramificaciones por toda Europa, complicidades innumerables y un refinamiento artesanal indescriptible, que, a todas luces, el autor ha rastreado a través de documentos, testimonios e informaciones en muchos años de denodada investigación. En una novela lo que importa, sobre todo, es lo que hay

en ella de agregado a la vida a través de la fantasía. *Les Bienveillantes* es un libro extraordinario por lo que hay en él de cierto y verdadero y no por la muy precaria estructura ficticia y truculenta que envuelve a la historia real. (Vargas Llosa: 2006, en línea)

Ahora bien, el error de traducción cometido por Vargas Llosa hace eco tal vez (¿inconscientemente?) a un libro publicado diez años antes, por Daniel Jonah Goldhagen, un historiador americano de 38 años, también descendiente de una familia judía⁸. En 1996 Goldhagen puso el dedo en la llaga al publicar su tesis doctoral, titulada *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, en la cual responsabiliza a “los benévolos”, por lo menos 100 mil alemanes civiles, de colaborar activamente con el exterminio judío, con tal celo antisemita que algunos proseguían con sus ejecuciones desoyendo las órdenes de detener la matanza. A pesar de recibir muchas críticas, Goldhagen siempre se ha mostrado muy seguro de sus investigaciones y sus fuentes, alegando que ninguno de los críticos conocía como él ese tema, ya que nunca se lo había estudiado en profundidad⁹.

Es la impresión que da también *Las benévolas*: a pesar de la polémica suscitada y las críticas virulentas, ninguna novela histórica había explorado antes y con tanta atención la perspectiva de un verdugo, y su autor también parece consciente y muy seguro de sus opciones. Durante una de las primeras entrevistas, cuando todavía parece interesarse por la recepción de su obra, a la pregunta si “le gusta” el resultado, Littell se toma la molestia de explicar su estrategia de escritor:

No hay por qué plantear así la pregunta. Para avanzar es mejor interrogarse sobre el concepto inicial. Puedo responder con una cita de Georges Bataille: “Los verdugos no tienen voz, y si hablan es con la voz del Estado”. Los verdugos sí hablan, e incluso los hay que hablan demasiado. Hasta cuentan cosas exactas en términos fácticos. [...] Pero cuanto más avanzaba en la lectura de los textos de los verdugos, más me daba cuenta de que no había nada en ellos. Jamás avanzaría si me quedaba el registro de la recreación ficticia clásica con un autor omnisciente, a lo Tolstoi, que arbitra entre el bien y el mal. La única manera de hacerlo era metiéndome en la piel del verdugo... [...] Max Aue es un rayo X que va barriando, un escáner. Efectivamente, no es un personaje verosímil. No buscaba la verosimilitud, sino la verdad. Resulta imposible escribir una novela si uno se limita únicamente al registro de lo verosímil. La verdad novelesca es distinta de la verdad histórica o sociológica. [...] El historiador trabaja con documentos y, por tanto, con discursos de verdugos que son una aporía. ¿Cómo se puede construir un discurso basándose en eso?... (en Blumenfeld 2006, en línea)

Desgraciadamente, pronto cansado de entrevistas similares entre las revistas que se parecen una a otra entre sí, Jonathan Littell empieza a evitarlas defendiéndose con su cita

⁸ Goldhagen, profesor en la Universidad de Harvard, es hijo de Erich Goldhagen, un sobreviviente del gueto rumano judío de Czernowitz (hoy Ucrania) y jubilado en Harvard, donde dictó un curso sobre el Holocausto durante 25 años.

⁹ Cf. F. Jarque, “Daniel J. Goldhagen responsabiliza a los alemanes comunes del exterminio de judíos. El autor de *Los verdugos voluntarios de Hitler* busca una nueva perspectiva histórica” (1997).

favorita de Margaret Atwood: “Interesarnos por un escritor porque nos gusta su libro es como interesarnos por los patos porque nos gusta el foie gras” (ibíd.). A pesar del aumento constante del número de lectores perplejos y ávidos de comprender a Jonathan Littell y su obra, es de temer que el epitexto autorial (Genette 1987: 346-373) en torno a *Las benévolas* permanezca bastante modesto y monótono. Sea lo que sea, algunos lectores despiadados dirán que el valor de ese libro no es el aspecto literario (por muchos premios que haya ganado), sino la información histórica que proporciona. Y si el autor hubiera optado por escribir un ensayo divulgador, nos habríamos ahorrado unas quinientas páginas de lectura¹⁰.

EL VIAJERO DE AGARTHA O LA SUPUESTA LIGEREZA DEL MITO

No es precisamente el caso de *El viajero de Agartha* de Abel Posse, unas 250 cuartillas publicadas en 1989 y que, a pesar de recibir el Premio Internacional Diana Novedades, nunca han igualado en la notoriedad a sus otras novelas, como *Los perros del paraíso* (1983), *La pasión según Eva* (1995), *Los cuadernos de Praga* (1998) o incluso *Los demonios ocultos* (1987), también sobre el tema del nazismo. De hecho, el tema de un oficial nazi enviado por Hitler en 1943 a los monasterios budistas en Tíbet y en China, con la misión secreta de encontrar el misterioso poder de *Vril* y llegar hasta la mítica Agartha, Ciudad de los Poderes, al público le puede parecer tan extravagante y poco verosímil como la serie de Indiana Jones. Sin embargo, a la luz de la traumática experiencia de *Las benévolas* su lectura resulta inesperadamente enriquecedora: al menos, así fue para mí, tomando en cuenta mis pocos conocimientos sobre el tema del esoterismo nazi.

Lo que noté enseguida eran las similitudes entre ambas narraciones del nazismo. El protagonista de Posse, el teniente coronel Walther Werner, comparte con Max Aue tanto su papel de narrador, como sus convicciones políticas: es nazi, miembro de las SS, más precisamente del “secretísimo Instituto Ahnenerbe”, como él mismo confiesa (Posse 1989: 29). Aue era jurista, Werner es arqueólogo, especialista en culturas orientales, aunque desprecia la educación que ha recibido en la universidad:

Una de las importantes universidades de nuestra prehistoria cultural, imbuida de ese espíritu “humanista y universal” que proclamaba el rector en el discurso anual dedicado a Von Humboldt. Allí recibíamos nuestra dosis de cultura agonizante. Ruinas de ideas. Cientificismo sin cosmos. Un eterno merodeo por un museo de estatuas ciegas y heladas: el resto de Grecia y Roma. Aquellas conferencias doctorales con conocimientos que rodaban como monedas oxidadas por el tedio de las aulas. (Posse 1989: 33)

Werner y Aue viven pues en la misma época, comparten los mismos círculos, frecuentan a los mismos personajes históricos pero tienen una visión totalmente distinta del mundo que les rodea. Por una parte, consciente tanto del desenlace de la guerra como

¹⁰ La polémica acerca de *Las Benévolas* en el foro literario “Ábrete libro” empezó con la publicación de la edición española y dura hasta hoy día (<http://www.abretelibro.com/foro/viewtopic.php?t=19205>).

de los juicios de Núremberg, Aue redacta sus memorias muchos años después, mientras que en Posse accedemos al diario de Werner, redactado día a día, y que se interrumpe “en el umbral de Agatha” (1989: 250), supuestamente con su muerte. Cabe subrayar que las memorias suponen más control sobre el relato que un diario, más espontáneo e imprevisto. Por otra parte, mientras Aue, nuestro “semejante y hermano”, se vuelve nazi y verdugo por azares del destino, Werner es miembro de la elite, orgulloso de su misión y consciente del papel histórico desempeñado por los nazis en la sociedad alemana:

¿Qué habíamos destruido? La sucia cultura de la llamada república de Weimar. Una cultura de pederastas de café-concert y judíos decadentes adueñados de las imprentas, de las voces, de las imágenes. Encaramados en el famoso vocablo “democracia”. Profesores tristes, solemnes, a espaldas de los verdaderos dioses del pueblo alemán. La roñosa inflación, la economía especulativa instaurada por los capitales internacionales que maneja el judío Süß, transformando al ciudadano en un especulador o en un asediado ganapán, sin otra alternativa. Terrible y noble fue a misión de nuestra espada. Se hundió en el vientre mantecoso de la burguesía cínica de Berlín. (Posse 1989: 42)

El lector de Littell conoce de antemano el desenlace de las memorias de su protagonista, un desenlace que, a la vez, es el punto de partida de su narración (y de las reflexiones contemporáneas sobre el nazismo). El lector de Posse, sin embargo, se deja sorprender página tras página no sólo por los elementos imprevistos del relato, sino también por los detalles olvidados o marginalizados por el discurso historiográfico (esoterismo nazi, extravagancias de Hitler, fascinación de Himmler por lo oculto e irracional...) y que a primera vista parecen inventados. Finalmente, mientras el ideario de Max es propio de un intelectual erudito, humanista y francófilo, y bastante atemporal – el de Walther, en cambio, corresponde a una mezcla de ideas pangermanistas, antisionistas, esotéricas y religiosas que puede resultar exótica e inverosímil, a pesar de estar rigurosamente documentada por el autor sobre la base de lecturas que están al alcance de todos, como los escritos de Ossendowsky (1922) o los de von Sebottendorf (1933), aunque marginadas durante varias décadas por la historiografía oficial del nazismo. Después de la tímida aparición del “realismo fantástico” firmada por Louis Pauwels y Jacques Bergier (1960) y otros estudios más o menos apócrifos, habrá que esperar el siglo XXI para ver aparecer trabajos serios, periodísticos o universitarios, sobre el imaginario nazi –para mencionar los de Peter Levenda (2002), Christopher Hale (2003), Jean-Luc Evard (2005), Heather Pringle (2006) o Stéphane François (2008)– tan rigurosamente documentados como siempre cautelosos en cuanto a las conclusiones.

¿Por qué? Por una parte, porque las fuentes rigurosamente históricas que permiten penetrar el llamado “misticismo nazi”, “esoterismo nazi” o incluso “ocultismo nazi” son en realidad escasas y fragmentarias, ya que se trataba de organizaciones o sociedades secretas por definición (como la Sociedad Vril o los iniciados de Thule). Además, nos cuesta creer que en los círculos místicos pangermanistas se profesaba, realmente, la existencia de la mítica fuerza llamada *Vril*, capaz de elevar a Alemania a una posición de dominio del mundo, mientras que la Sociedad de Thule afirmaba ser el instrumento de los “Sa-

bios del Mundo” del Tíbet, quienes vivían en la Ciudad de Agartha en los remotos Himalayas (Tabor: 1993). No se puede negar sin embargo la influencia de los miembros de la Sociedad de Thule sobre el destino de Alemania: Alfred Rosenberg fue el filósofo del nacionalsocialismo; Anton Drexler, el primer dirigente del Partido de los Trabajadores Alemán (futuro NSDAP), el que eligió el símbolo de la esvástica como símbolo de la raza aria (Grossart 2002); Hans Frank fue Gobernador General de Polonia durante la ocupación alemana; Rudolf Hess, la mano derecha de Hitler, intentó poner término al conflicto con la Gran Bretaña valiéndose de sus amistades entre los miembros de la famosa Golden Dawn, Orden Hermética de la Aurora Dorada (Tabor 1993: 117-119).

Por otro lado, gran parte de la documentación sobre el histórico Instituto Ahnenerbe fundado en 1935 por Himmler, sus 52 secciones y unas cien investigaciones científicas y secretas en varios campos, fue destruida tanto por los interesados mismos como por los aliados (Brissaud 1969: 268). Pero la razón fundamental es que, en el inconsciente colectivo, frente a la traumática y palpable herencia de la Segunda Guerra Mundial, el ideario esotérico de los nazis, con su anhelo de crear una nueva civilización mediante el poder vital llamado *Vril* –con ayuda de los sabios tibetanos, cuyos cuerpos carbonizados fueron encontrados en Berlín por los soviéticos (Robin 1987: 226)– ha pasado a formar parte del mito o de la ciencia ficción. George Lucas en su saga de *Star Wars* (1977-2005) se sirve de esas ideas ya arquetípicas para introducir el concepto de “La Fuerza”, fuente de energía universal, cuyo conocimiento y dominio proporciona poder. Cómo se use, ya es otro tema.

No sé si Abel Posse ha leído *Las benévolas*, pero si tenemos en cuenta sus convicciones me imagino que algunas ideas le hubieran llamado la atención. Posse define su compromiso del escritor en pocas palabras:

Detesto al escritor que utiliza o modifica la vida para agregar o torcer la historia a su favor, considero que es un acto pueril y de corto alcance. [...] Mi obra es diversa, pero hay un motivo constante: la ruptura entre la sociedad judeocristiana de la culpa, en la que nos han criado y la nostalgia por los dioses y el paganismo que se observa en el hombre americano primigenio. Mi obsesión está en revisar la cultura de la prepotencia que se impuso desde que los españoles llegaron a nuestras tierras. [...] Los pueblos poseen una ideología como pueblo que es mucho más importante que la visión nuestra como intelectual. [...] Reverenciar a la historia y a los pueblos en una forma más profunda es lo que hemos olvidado. (Iacoviello 1999)

El viajero de Agartha logra reconstituir y rehabilitar la compleja ideología del *Volk* alemán en vísperas de su colapso, sin por lo tanto hacer apología del nazismo. En cambio, lo que sí aparece en sus páginas, más o menos explícitamente, es la hipótesis de que se puede considerar el nazismo como una de las más violentas y sanguinarias expresiones del rechazo social frente a la vida signada por la rutina, el materialismo y la falta de todo otro ideal que no sea el mero consumo y la supervivencia. Y que los nazis no fueron simplemente una pandilla de verdugos y locos homicidas, nacidos por “generación espontánea”, sino una especie de “células cancerígenas” engendradas por el mismo tejido social. Y eso, mirando bien el mundo en el que nos toca vivir, debería hacernos pensar.

EL LECTOR POSMODERNO Y LA POST-MEMORIA

Todo parece indicar, pues, que la investigación de Posse resulta tan seria como la de Littell, y la documentación que maneja el autor argentino tan rigurosa como la de su colega americano. Nos quedaría por investigar, en un trabajo mucho más extenso que éste, la asimetría entre la percepción del imaginario nazi y su aplicación concreta en la llamada “solución final al problema judío”. El mismo Littell, quien a lo largo de su novela nos ofrece un puñado de escenas elocuentes, simbólicas o fantásticas, no se interesa en absoluto por las creencias ocultas de los dirigentes nazi. Lo que no deja de asombrar, conociendo las posiciones actuales de investigadores contemporáneos, quienes por una parte insisten en la absurdidad económica de la “solución final”, y por otra parte establecen un fuerte vínculo entre los crímenes perpetrados por los nazis y su imaginario mítico:

The wholesale slaughter of the Jews and other “subhuman races” was of virtually no political or economic value to the Third Reich. On the contrary, the Holocaust was an expensive and extremely problematic program. Vital resources were diverted from the war effort to the pursuit and execution of isolated, powerless group of people who posed no real threat to the State. Human resources as well as valuable raw materials were wasted into the design, creation, and maintenance of the death camps. There was no *earthly* reason for all this. It was *not* logical, *not* pragmatic. The Holocaust could only be considered of value in a strictly metaphysical sense to the Nazis: the actually believed they were engaged in a spiritual struggle of truly divine proportions... (Levenda 2002 : 363)

El periodista Christopher Hale, en su estudio sobre las legendarias expediciones de Ernst Schäfer al Tibet, introduciendo las ideas pseudocientíficas de los futuros nazis, inspiradas en el legado de la algo extravagante Helena Petrovna Blavatsky (1831-1891), está muy lejos de burlarse de ella y de sus seguidores, sobre todo a la luz de las atrocidades del Holocausto:

These were the same ‘theories’ that had preoccupied leading figures in the Third Reich like Himmler and Hess. Both men had been involved in occult societies in the early 1920s and their membership overlapped with those of the embryonic Nazi Party. Their interest in Social Darwinism and pseudoscientific ideas about lost polar civilisations seemed, at first sight, to be marginal to the realities of the Third Reich and the annihilation of European Jewry and gypsies. It became clear, however, that this bogus history of an Aryan Master Race had both energised and apparently ennobled the racial thinking that led to what historians have called the ‘Racial State’ of Nazi Germany. Myth is never harmless. (Hale 2003: 33)

El mito nunca es inofensivo, aunque parezca muy lejos de volverse realidad. Para terminar este periplo de lecturas entrecruzadas, volvamos al juego inicial de antinomias:

mito/historia, y a la consagrada oposición entre una narración verídica y un relato ambiguo. Consagrada, pero ilusoria, como intuye Claude Lévi-Strausse: “No estoy muy lejos de pensar que en nuestras sociedades la historia sustituye a la mitología y desempeña la misma función” (1978: 74). No solamente porque vivimos en una posmodernidad redefinida por los conceptos de Derrida y Deleuze, mucho más compleja que cualquier sistema dicotómico. Ni porque después de Barthes nos damos cuenta de que los hechos no tienen otra existencia sino dentro y a través de una narración. También porque incluso el origen latino de la palabra “hecho” (*factum*) esconde una sorpresa: el adjetivo *factitius* significa “artificial”. Un hecho sería entonces a la vez histórico y artificial, hecho con y por las palabras (y los silencios), fruto del artificio de la memoria (y del olvido), fabricación del infiel depositario de los recuerdos (y de las distorsiones). Tal es la conclusión que sacan muchos lectores posmodernos (y especializados), como por ejemplo Fernando Rodríguez Lafuente, periodista, profesor y crítico literario y cinematográfico:

La Historia sólo cabe contarse a través de una historia; nouvelles como biografías; biografías teñidas de extraña ficción sobre hechos sucedidos; hechos inventados que se transforman, en la memoria, en hechos sucedidos en la realidad porque la realidad, al contarse, se reinventa.

Porque, como el presente, la realidad no existe, y cuando existe se presenta bajo la estela de la recreación, sea en el arte, sea en la literatura. (2007: 116)

En mi periplo de lectora y “leyente” posmoderna he encontrado también un puñado de estudios psicológicos, neuropsicológicos y sociopsicológicos anglosajones, sobre el funcionamiento de la memoria humana y social, y sobre los mecanismos de “construcción” de los recuerdos¹¹. Según estas lecturas (y observaciones), tanto el inconsciente colectivo como el inconsciente individual actúan de manera extremadamente pragmática, conservando un porcentaje sumamente reducido de las observaciones de la realidad y transformando estas observaciones en memorias útiles para el sujeto o el grupo social, mediante omisiones y distorsiones:

Memory distortion, viewed in historical context, has occurred under diverse circumstances and for variable reasons. Some are quite properly regarded with a cynical eye, and may be considered, for convenience, negative (i.e., self-serving) instances of memory distortion. Others, however, might be regarded as positive, either because they have a democratizing outcome or else because they bring about a necessary readjustment of values or value systems that are out of synch – anomalous – in a particular time and place. If the adjustment helps to make the overall value system more coherent and functional, memory distortion may very well serve a benign purpose. (Kammen 1997: 329-330)

¹¹ Para citar a Gerald D. Fischbach y Joseph T. Coyle: “Memories are never exact replicas of external reality. Psychophysical studies and electrical recordings from the brain have shown that incoming sensory information is not received passively. Survival depends on rapid transformation and interpretation of sensory stimuli based on expectations about how the world works. [...] In this sense all memories are «created» rather than simply «received»” (Schacter 1997: X).

Esas transformaciones de la realidad histórica y la ficción social mediante los ajustes políticos de la memoria siguen (y seguirán) despertando creciente interés, mientras el cambio generacional permite entrar en la escena a la llamada generación de la post-memoria (Hirsch 2008: 103-128), cuyo conocimiento del pasado no puede ya remontar a las experiencias directas. Esta generación de la post-memoria (a la cual pertenezco) accede al palimpsesto del pasado en su dimensión afectiva, a través del lenguaje, de los testimonios de familiares, del discurso historiográfico (oficial o subversivo), en un interesante proceso de lectura y relectura, intertextualidad y traducción, y una constante interrogación sobre la naturaleza del original y el artificio, la realidad y la ficción, la historia y del mito, la memoria y el olvido. Las novelas históricas contemporáneas nos abren entonces una vía de reflexión sobre las narraciones del nazismo. Ojalá de esta manera logremos un día hacer dialogar la agobiante historia del Holocausto con el olvidado mito de sus orígenes, bajo los auspicios de Clío, “la musa de nuestra comunicación con los muertos”¹².

BIBLIOGRAFÍA

- BARTHES, Roland (1967) “Le discours de l’histoire”. En: *Le bruissement de la langue. Essais critiques IV*. Paris, Seuil: 163-177.
- BERGIER, Jacques y PAUWELS, Louis (1960) *Le matin des magiciens. Introduction au réalisme fantastique*. Paris, Gallimard.
- BLUMENFELD, Samuel (2006) “Il faudra du temps pour expliquer ce succès” (Entrevista con Jonathan Littell). *Le Monde littéraire*. 16.11.2006. [En línea] http://www.urban-resources.net/pages/jonathan_littell_interview.html [29.11.2014].
- BRISSAUD, André (1969) *Hitler et l’Ordre Noir*. Gênevè, Eds. Famot.
- DERRIDA, Jacques (1972) *Marges de la philosophie*. Paris, Les Editions du Minuit.
- EVARD, Jean-Luc (2005) *Signes et insignes de la catastrophe. De la swastika à la Shoah*. Cahors, Eds. de l’éclat.
- FERNÁNDEZ-PRÍETO, Celia (2006) “La Historia en la novela histórica”. En: José Jurado Morales (ed.) *Reflexiones sobre la novela histórica*. Cádiz, Fundación Fernando Quiñones – Universidad de Cádiz: 165-184.
- FISCHBACH, Gerald, Dy COYLE, Joseph T. (1997) “Preface”. En: Daniel L. Schacter (ed.) *Memory Distortion. How Minds, Brains, and Societies Reconstruct the Past*. Cambridge, Harvard University Press: ix-xi.
- FOUCAULT, Michel (1969) *L’Archéologie du savoir*. Paris, Gallimard.
- FRANÇOIS, Stéphane (2008) *Le nazisme révisité. L’occultisme contre l’histoire*. Paris, Berg International.
- FUKUYAMA, Francis (1992) *The End of History and the Last Man*. New York, The Free Press.

¹² La idea es de Andrew Roth Seneff, “La novela verídica y las pruebas” (2001), *apud* Conrado Hernández López coord. (2004: 88).

- HERNÁNDEZ LÓPEZ, Conrado, coord. (2004) *Historia y novela histórica. Coincidencias, divergencias y perspectivas de análisis*. Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán.
- GADAMER, Hans Georg (1997 [1981]) "Mito y logos". En: *Mito y razón*. Barcelona, Paidós: 23-28.
- GENETTE, Gérard (1972) *Figures III*. Paris, Seuil.
- (1987) *Seuils*. Paris, Seuil.
- GROSSART, Jacques (2002) *La longue marche du svastika*. Paris, Dervy.
- HALE, Christopher (2003) *Himmler's Crusade: The Nazi Expedition to Find the Origins of the Aryan Race*. London, Bantam Books.
- HIRSCH, Marianne (2008) "The Generation of Postmemory". *Poetics Today* (Durham, Duke University Press). 29 (1): 103-128.
- GADAMER, Hans-Georg (1987) *Mito y razón*. Barcelona, Paidós.
- IACOVIELLO, Beatriz (1999) "La verdadera vida del Che es un largo diálogo con su propia muerte" (entrevista con Abel Posse). *Arte y Gente*, dominical del periódico *Público*, (Guadalajara) (10.01.1999). Consultado en: *Espéculo. Revista de estudios literarios*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid. [En línea] https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero10/a_posse.html [30.11.2014].
- JARQUE, Fietta (1997) "Daniel J. Goldhagen responsabiliza a los alemanes comunes del exterminio de judíos. El autor de *Los verdugos voluntarios de Hitler* busca una nueva perspectiva histórica". *El País* (2.12.1997). [En línea] http://elpais.com/diario/1997/12/02/cultura/881017201_850215.html [30.11.2014].
- JOUVE, Vincent (1992) *L'Effet personnage dans le roman*. Paris, PUF.
- KAMMEN, Michael (1997) "Some Patterns and Meanings of Memory Distortion in American History". En: Daniel L. Schacter (ed.) *Memory Distortion. How Minds, Brains, and Societies Reconstruct the Past*. Cambridge, Harvard University Press: 329-364.
- LABORDA, Xavier (2002) "Veinte principios de la historiografía lingüística". *Revista de Investigación Lingüística* (Departamento de Lengua Española, Lingüística General y Traducción e Interpretación. Facultad de Letras, Universidad de Murcia). V (1): 179-207.
- LACAPRA, Dominick (2013) "Historical and Literary Approaches to the "Final Solution": Saul Friedländer and Jonathan Littell". En: *History, Literature, Critical Theory*. Ithaca, New York, Cornell University Press: 95-119.
- LAFUENTE, Fernando R. "Arquitecturas de la memoria. Historia, ficción y narración" en Manuel Lucena Giraldo, Ignacio González Casanovas (coords.) *Los secretos de la escritura. Historia, literatura y novela histórica*. Madrid, Fundación MAPFRE: 81-117.
- LAVERGNE, Gerard (1997) "Lecteur, narrativité, narraticité". *Narratologie* (Nice, Université de Nice-Sophia Antipolis). 1 (*Le paratexte*): 171-182.
- LEMONIER, Marc (2005) *Les Bienveillantes décryptées*. Paris, Le Pré aux Clercs.
- LEVENDA, Peter (2002) *Unholy Alliance. A history of Nazi involvement with the Occult*. New York - London, Continuum.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1986 [1978]) *Mito y Significado*. Buenos Aires, Alianza Editorial.
- LITTELL, Jonathan (2006) *Les Bienveillantes*. Paris, Gallimard.
- LYOTARD, François (1979) *La condition postmoderne: rapport sur le savoir*. Paris, Les Editions du Minuit.

- PERKOWSKA, Magdalena (2008) *Historias híbridas. La nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia*. Madrid – Frankfurt am Main, Iberoamericana – Vervuert.
- PICARD, Michel (1986) *La lecture comme jeu*. Paris, Minuit.
- POSSE, Abel (1988) *Los demonios ocultos*. Barcelona, Plaza & Janés.
- (2006 [1989]) *El viajero de Agartha*. Buenos Aires, Losada.
- PRINGLE, Heather (2006) *The Master Plan. Himmler's scholars and the Holocaust*. New York, Hyperion.
- ROBIN, Jean (1986) *Hitler, l'élú du dragon*. Paris, Guy Trédaniel Editeur, Eds. de la Maisne.
- RUIZ MANTILLA, Jesús (2007) "La cultura no nos protege de nada. Los nazis son la prueba" (Entrevista con Jonathan Littell). *El País* (27.10.2007). [En línea] http://elpais.com/diario/2007/10/27/babelia/1193441952_850215.html.
- SÁINZ DE MEDRANO, Luis, coord. (1997) *Semana de autor. Homenaje a Abel Posse*. Madrid, Cultura Hispánica.
- SEBOTTENDORF, Rudolf von (2001[1933]) *Avant qu'Hitler ne vienne*. Paris, L'Homme Libre.
- STRENSKI, Ivan (1987) *Four theories of myth in twentieth-century history: Cassirer, Eliade, Lévi-Strauss and Malinowski*. London, Macmillan Press.
- TABOR, Marek (1993) *Ezoteryczne źródła nazizmu*. Kraków – Warszawa, biblioteka (fundacja bruLionu).
- VARGAS LLOSA, Mario (2006) "Los benévolos". *El País* (3.12.2006). [En línea] http://elpais.com/diario/2006/12/03/opinion/1165100405_850215.html [30.11.2014].
- WHITE, Hayden (1973) *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*. Baltimore – London, John Hopkins University Press.
- ZIMBARDO, Philippe (2007) *The Lucifer Effect: Understanding How Good People Turn Evil*. New York, Random House.